

### 38. TIERRA DE MUJERES PODEROSAS

*“El personaje tenía 48 años al asumir la Presidencia. Había nacido en 1934 en la ciudad de Colima, hijo de un abogado que murió en manos de un maleante a quien había vencido en un pleito judicial. Por entonces Miguel tenía dos años. Para librarlo del mal recuerdo, la madre se lo llevó a la ciudad de México; la viudez la había privado de recursos económicos, por lo que abrió una casa de huéspedes y, con mil sacrificios, costó la educación del hijo hasta que en 1957, obtuvo en la UNAM el título de abogado”*

NAIPES DE POLVO página 757

Entre los aztecas, los romanos de la cultura mesoamericana, la parturienta era saludada como valiente guerrero, y la que moría dando a luz era sepultada con las mismas fórmulas que le héroe caído en batalla.

México es un país de mujeres poderosas. Su símbolo mayor, la Virgen de Guadalupe, gestora de los mexicanos ante al Altísimo, es consubstancial al matriarcado imperante de profunda prudencia, la astucia guerrera de la mujer que se endereza siempre al padre de su hijo.

El mexicano *instintivamente* es más guadalupano que cristiano, confirmando lo dicho por Malraux “los mitos no acuden a la complicidad de nuestra razón, sino a la de nuestros instintos”. Hablamos de la profundidad instintiva de un pueblo, concepción que hemos referido como parte del fundamento de este trabajo. La preeminencia femenina en la familia mexicana es más dominante que la de la “vieja” argentina –como cariñosamente la llaman los argentinos– y muy cercana a los matriarcados judío y turco. Significativamente la diosa Cuatlicue, diosa de la tierra y la fertilidad, la vida y la muerte, impregna el culto a la Virgen de Guadalupe, imagen llena de símbolos náhuatl que subyace en las costumbres de la típica familia mexicana que va en línea con el primer milagro de Jesús, que propició María en Caná y que para el mexicano confirma la ascendencia de madre sobre hijo, y por tanto, su poder ante el Padre.

La conjunción de ambos mundos la encontramos en La Morenita del Tepeyac, símbolo mayor de la mexicanidad, de hecho el ícono unificador en las costumbres del mexicano –el de los diversos México– que expresa lo que Octavio Paz no parece mirar cuando dice dubitativo “algo nos une”.

Pie de página numero 705